

La cultura estratégica. Historia, concepto y definición

Strategic Culture. History, Concept and Definition

Orlando Carter C.*

Academia de Guerra del Ejército de Chile

Resumen: El objetivo del presente trabajo es determinar la existencia de un concepto de cultura estratégica que pueda ser aplicable a una amplia gama de diferentes Estados, sociedades y/u organizaciones, en general llamadas comunidades. Para ese efecto, a través del estudio de diferentes investigadores especialmente europeos y norteamericanos, se ha intentado encontrar el origen del concepto, su evolución histórica, filosófica y pragmática. Junto con ello, definir cuáles son los principales componentes y elementos que integran o que afectan el concepto y que permita identificarlos como propios de una comunidad. Asimismo, se ha buscado acceder a una definición amplia que contenga los principales factores culturales que puedan caracterizar y diferenciar a una comunidad con respecto a otra y determinar la importancia de considerarlos en las políticas de seguridad y defensa para la comunidad que representa.

Palabras claves: Cultura estratégica - Comportamiento estratégico - EE.UU. - URSS - Guerra Nuclear - Cultura organizacional

Abstracts: This study aims to determine the existence of a strategic culture concept that may be applicable to a wide range of different States, companies and/or organizations, generally called communities. To that end, through the study of different researchers, especially European and American, it has tried to find the origin of the concept, its historical, philosophical and pragmatic evolution. Along with this, the author defines what are the main components and elements that comprise or affect the concept and identifies them as belonging to a community. He has also sought access to a broad definition containing the main cultural factors which may characterize and differentiate one community to another, and determine the importance of considering them in the security and defense policy for the community it represents.

Key words: Strategic culture - Strategic behaviour - U.S.A. - Nuclear war - Soviet Union - organizational culture

Fecha de recepción: 15 de diciembre de 2014

Fecha de aceptación: 4 de marzo de 2015

* Orlando Carter Cuadra es General de Brigada (R) del Ejército de Chile. Oficial de Estado Mayor del arma de Ingenieros. Magister en Ciencias Militares con mención en Gestión y Planificación Estratégica. Magister en Historia y Gestión del Patrimonio Cultural (Universidad de los Andes). Diplomado en Relaciones Internacionales (Universidad Alberto Hurtado). En la actualidad es Investigador del Centro de Estudios Estratégicos de la Academia de Guerra del Ejército (CEEAG). Email: ocarterc@acague.cl

Introducción

Los estudios relacionados con las políticas de asuntos internacionales y de seguridad nacional destacan la importancia de la cultura en general como un elemento importante. La mayoría de las investigaciones del siglo XX relacionadas con la importancia de la cultura en la estrategia se desarrollaron en realidad a través de otras disciplinas, incluyendo la antropología, la sociología y la psicología.

Los estudios del carácter nacional de los años 1940 y 1950 definieron los primeros esfuerzos para establecer conexiones entre la cultura y el comportamiento político y militar de los Estados basados en gran medida en modelos antropológicos. Hoy en día, la cultura se ha convertido en un elemento influyente en la corriente internacional de investigaciones en la era de la pos Guerra Fría. Uno de los aspectos más sorprendentes del renacimiento del interés académico en la cultura ha sido el emergente consenso, en los estudios de las políticas de seguridad nacional, sobre los efectos significativos de la cultura en la gran estrategia y en el posterior comportamiento del Estado o de una comunidad, a todo lo cual se le ha llamado “cultura estratégica”.

Han habido muchos debates que tratan de encontrar una adecuada y coherente definición de la cultura estratégica y separar el término de otras expresiones, como por ejemplo de la cultura política, de la cultura organizacional o de la cultura militar.

El establecimiento del término y del concepto cultura estratégica no es nuevo, como tal, data de la época de la Guerra Fría. En el pasado se ha tratado de aplicar de diferentes maneras a algunos Estados (a Japón y Alemania por ejemplo), a algunas regiones (Escandinavia y Océano Pacífico) y a algunas instituciones u organizaciones de seguridad (por ejemplo, la OTAN), a fin de examinar y entender los principales aspectos de sus políticas de seguridad.

Mediante la aplicación de la noción de cultura estratégica, en algunos casos de estudios académicos, se ha tratado de explicar la continuidad y el cambio en las políticas de seguridad de determinadas comunidades. Además, los académicos que han participado en el estudio de la cultura estratégica han intentado crear un marco teórico que pueda dar respuestas a por qué ciertas opciones de políticas y no otras, son adoptadas por las comunidades que estudian.

Se puede explorar, académicamente, el desarrollo de la cultura estratégica desde aproximadamente la década de los 70, con el tema nuclear como centro de la discusión. Durante este período diferentes académicos examinaron la política de disuasión soviética y llegaron a la conclusión de que los analistas estadounidenses habían fallado en predecir las reacciones soviéticas. Esto sucedió porque los analistas daban por sentado el hecho que en ciertos casos, los soviéticos accionarían del mismo modo que los americanos. Sin embargo, los resultados de las

políticas han demostrado que este tipo de “predicción de comportamiento” de los investigadores, resultó ser equivocado. Como resultado de este fracaso para predecir las acciones soviéticas, una serie de estudiosos llegaron a la conclusión de que cada Estado tenía su propia manera de interpretar, analizar y reaccionar a los eventos internacionales. Esto trajo la cuestión de la existencia de una cultura nacional/ estatal/comunitaria que creó una nueva ola de la literatura especializada y que se centró en el desarrollo de una nueva herramienta de análisis, en particular la de la cultura estratégica.

De acuerdo con lo señalado el objetivo del presente trabajo, en consecuencia, es identificar el concepto de cultura estratégica, recorrer su evolución como concepto a través del pensamiento de varios investigadores y llegar a una definición que permita comprenderla para ser aplicada en el futuro a diferentes comunidades.

Para lo anterior la metodología empleada en este trabajo considera, inicialmente, entregar la forma en que el concepto de la cultura estratégica ha evolucionado, para finalmente intentar una definición que permita en el futuro ser aplicada a una comunidad determinada.

Evolución del concepto de cultura estratégica

De acuerdo a Alastair Iain Johnston la evolución del concepto de cultura estratégica se puede dividir en tres generaciones de literatura e investigadores.¹

133

1. La primera generación: explicaciones sobredimensionadas y subdimensionadas

La primera generación, que surgió en la década de 1970, se centró principalmente en explicar las razones de por qué los soviéticos y los estadounidenses aparentemente pensaron de manera diferente sobre la estrategia nuclear de aquella época, inspirándose en el trabajo de Jack Snyder² de 1977 sobre la cultura estratégica y la doctrina soviética limitada de la guerra nuclear, autores como Colin Gray³ y David Jones⁴ argumentaron que estas diferencias se debían a varia-

¹ Alastair Iain Johnston, “Thinking about strategic culture”, *Project MUSE, International Security*. MIT Press. Spring 1995, vol. 19, n° 4, pp. 36 – 44 .

² Jack Snyder, *The Soviet Strategic Culture Implications for Limited Nuclear Operation*, Santa Mónica, California: RAND Corporation, 1977.

³ Colin Gray, *National Style in Strategy: The American Example. International Security*: MIT Press, vol. 6, n° 2, pp. 21-47, Fall 1981.

⁴ David R. Jones, “Soviet Strategic Culture”, en C.G. Jacobsen Ed. *Strategic Power USA/USSR*, New York: St.Martin Press, 1990.

bles macroambientales, tales como la arraigada experiencia histórica, la cultura política y la geografía.

Colin Gray afirmó que la experiencia histórica nacional estadounidense produjo “modos de pensamiento y acción con respecto a la fuerza” que dieron lugar a un único conjunto de “creencias nacionales dominantes” con respecto a las opciones estratégicas. Estas creencias produjeron una especial aproximación estadounidense a la estrategia nuclear que resaltó la afirmación de que las guerras nucleares no podían ser ganadas, porque los costos humanos harían inviable cualquier concepto significativo de la victoria; en cambio, lo que sí se debería hacer, era que EE.UU. podría preservar una capacidad tecnológica suficiente para ofrecer una disuasión nuclear efectiva frente a la ventaja numérica soviética en armas nucleares, y que el diálogo sobre el control de las armas nucleares podría enseñar a los soviéticos a hablar el idioma nuclear estadounidense, dando lugar a una mayor estabilidad estratégica.

Gray llegó a la conclusión de que esta relativamente homogénea cultura estratégica estadounidense difería fundamentalmente de la Unión Soviética, y que los estadounidenses eran generalmente incapaces de pensar estratégicamente, es decir, acerca de planificar para luchar y ganar una guerra nuclear.

Jones argumentó, de manera similar, señalando que en cualquier comunidad había tres niveles de insumos de cultura estratégica: uno a nivel macro-ambiental, consistente en la geografía, las características etno-culturales y la historia; otro a nivel social consistente en lo social, en lo económico y en las estructuras políticas; y el tercero a nivel micro que consiste en las instituciones militares y las características de las relaciones entre civiles y militares.

Esta cultura estratégica no delimita las opciones estratégicas; sino que impregna todos los niveles de elección desde la gran estrategia a la táctica. Jones argumenta que estos tres conjuntos de variables producen una cultura estratégica de la URSS que hace especialmente importante su gran estrategia ofensiva.

Por otra parte, Ken Booth⁵, el autodenominado empírico-realista, citó varias razones relativas a la importancia de estudiar la cultura estratégica: la primera razón es considerarla como un antídoto al etnocentrismo en general. La segunda es considerarla como una herramienta para entender las acciones de otro país en sus propios términos. La tercera es respecto a la forma en que se usa la historia para entender mejor las motivaciones, para entender la propia imagen y para entender las pautas de comportamiento de los demás, también para ser usada como un freno a la tendencia a compartimentar una política nacional de su política ex-

⁵ Ken Booth, *Strategy and Ethnocentrism*, New York: Holmes and Meier, 1979.

terior para medir la evaluación de la amenaza. Por último, como un medio para entender lo que parece ser la conducta irracional de un Estado o comunidad.

Booth sostuvo que en el campo estratégico, como en otros campos, vivimos en un mundo creado. Las realidades estratégicas son, en parte, culturalmente construidas, como asimismo culturalmente perpetuadas.

A pesar de su enfoque innovador en la cultura y en la estrategia, el trabajo de primera generación exhibió una serie de deficiencias graves. Por un lado, el concepto de cultura estratégica era extremadamente difícil de manejar.

En este concepto de cultura estratégica la historia, la tecnología, la geografía, la cultura, las tradiciones, las prácticas estratégicas pasadas, la cultura organizacional, la cultura política, el carácter nacional, la psicología política, la ideología, e incluso la estructura del sistema internacional fueron considerados insumos relevantes.

Sin embargo, podría decirse que estas variables son diferentes clases de insumos; cada uno de ellas podría sostenerse por sí misma, como una explicación separada de opción estratégica. Si la “cultura estratégica” se dice que es el producto de casi todas estas variables relevantes, entonces hay poco espacio conceptual para una explicación de la existencia de una cultura no estratégica, que permita definir una opción estratégica.

Esto hace que las pruebas válidas de un modelo basado en la cultura estratégica sean de elección extremadamente difícil.

Además, al incluir patrones de comportamiento, dentro de una definición de la cultura estratégica, la primera generación da a entender que el pensamiento estratégico es llevado consistentemente a un tipo de comportamiento. ¿Cómo se evalúa una cultura estratégica donde el pensamiento y la acción parecen incompatibles entre ellos? O alternativamente, ¿se da siempre el caso que un tipo de conducta revela un conjunto de patrones distintos de supuestos estratégicos?

El uso de la noción de cultura estratégica de la primera generación condujo a la conclusión de que había una cultura estratégica estadounidense, distinta de la cultura estratégica soviética, lo que hacía a EE.UU. incapaz de luchar y ganar una guerra nuclear. Como la mayoría de los argumentos culturales deterministas, esta conclusión perdió amplia contra-evidencia. Por ejemplo, los planificadores en el Comando Aéreo Estratégico de EE.UU. habían considerado, por un lado, combates contra la fuerza aérea en la guerra aérea y para ganar la guerra total, opciones nucleares.

Por último, la supuesta homogeneidad de la cultura estratégica de una sociedad a través del tiempo es problemática. Parece un tanto confuso argumentar que una sola cultura estratégica surge de sus múltiples entradas cuando cada

una de estas entradas podría producir posiblemente alternativas, incluso culturas estratégicas contradictorias.

Si la primera generación tiene todo esto en su definición de la cultura estratégica, sería más lógico concluir que la diversidad geográfica, política, cultural y de experiencia estratégica de una sociedad en particular producirá múltiples culturas estratégicas, pero esta posibilidad está excluida por el determinismo de la literatura de la primera generación.

Los analistas de la primera generación rechazarían las críticas de que son deterministas, afirmando que la cultura estratégica tiende solo a conducir a comportamientos estratégicos particulares, o que las opciones estratégicas son, en parte, un producto de la cultura.

Si este es el caso, la literatura está mal diseñada para determinar qué parte y qué cantidad de la estrategia proviene de la cultura estratégica. Para hacer esta afirmación menos determinista, la literatura tendría que dar una explicación de por qué los modos particulares de comportamiento estratégico existen en momentos particulares.

Por otra parte, admitir que dentro de una comunidad, en particular, no están compitiendo tendencias estratégicas -como una menor afirmación determinista - es admitir la posibilidad de que una gama similar de competencia de tendencias estratégicas existe en otras comunidades.

Es decir, que el abanico de opciones estratégicas disponibles para una comunidad es lo suficientemente grande que podría haber una superposición significativa con otras comunidades. Si este es el caso, entonces las condiciones históricas, geográficas, y experiencias únicas en cualquier particular comunidad, no pueden explicar por qué similares o casi similares rangos de opciones estratégicas, están presentes en otras comunidades también consideradas únicas.

Un segundo grupo de problemas se refiere a la relación entre la cultura estratégica y el comportamiento o conducta estratégica. Dada la naturaleza que todo lo abarca la cultura estratégica, la primera generación descarta la posibilidad de una diferencia entre la cultura estratégica y el comportamiento estratégico.

La literatura asume que la cultura estratégica tiene un efecto medible sobre la conducta estratégica que se adopte, es decir, se produce una monolítica, independiente y observable restricción en el comportamiento de todos los actores. Hay poca o ninguna apreciación de la instrumentalidad de la cultura estratégica: su potencial para la manipulación consciente, para justificar la competencia de los tomadores de decisiones, desviar las críticas, suprimir la disidencia y limitar el acceso al proceso de decisión.

Rechazar la instrumentalidad es desafortunado, la primera generación es lógicamente obligada a concluir que si no se encuentra un vínculo de similitud

entre la cultura estratégica y el comportamiento estratégico, entonces la cultura estratégica no existe.

Un tercer conjunto de problemas se refiere al proceso de derivar hacia una cultura estratégica observable o una metodología para estudiarla. ¿En qué fuentes se pueden encontrar los depósitos o representaciones de la cultura estratégica? ¿Desde qué períodos de tiempo se deben tomar estas fuentes? ¿Por qué hay ciertos períodos históricos considerados fuentes de formación de cultura estratégica y otros no? ¿Cómo se transmite la cultura estratégica a través del tiempo? ¿Cambia de forma apreciable, la cultura estratégica, a través de su transmisión? Ninguna de estas preguntas se hace o son contestadas por la primera generación en forma explícita.

2. La segunda generación: instrumentalidad ambigua

La segunda generación de la literatura sobre la cultura estratégica, que aparece a mediados de los 80, parte de la premisa de que existe una gran diferencia entre lo que los líderes piensan o dicen que están haciendo y los motivos más profundos de lo que en realidad están haciendo. Algunos representantes de esta generación son Bradley S.Klein⁶, Robin Luckmann⁷ y Edwin Hollander.⁸

La cultura estratégica es vista como una herramienta de la hegemonía política en el ámbito de la toma de decisiones estratégicas; establece orientaciones ampliamente disponibles a la violencia y a las formas en que el Estado puede legítimamente usar la violencia contra enemigos potenciales. Esas orientaciones sostienen una estrategia por la cual se legitima la autoridad responsable de tomar las decisiones estratégicas. Por otro lado la estrategia operacional, refleja los intereses específicos de estos tomadores de decisiones.

Por lo tanto, en el caso de la política nuclear de EE.UU., la estrategia operativa real define las acciones bélicas en defensa de los intereses de la hegemonía estadounidense, mientras que la estrategia declarativa fue utilizada instrumentalmente por las élites políticas, adecuada cultural y lingüísticamente, como aceptable justificación de la estrategia operativa y para silenciar o minimizar los potenciales desafíos políticos.

⁶ Bradley Klein, "Hegemony and Strategic Culture: American Power Projection and Alliance Defence Politics", *Review of International Studies*, 14, 1988,

⁷ Robin Luckmann, "Armament Culture", *Alternatives*, vol. 10, nº 1 (Summer 1984).

⁸ Edwin Hollander, "Power and Leadership", *Handbook of Social Psychology*, vol.2, New York: Addison-Wesley, 1985.

Aunque la cultura estratégica es instrumental, de acuerdo con la segunda generación, ella no sale espontáneamente de las élites políticas y militares. Se señala que la cultura estratégica es un producto de la experiencia histórica. Dado que estas experiencias difieren entre las comunidades, esas comunidades diferentes exhiben diferentes culturas estratégicas.

Pero ya que hay una desvinculación entre la cultura estratégica y el comportamiento estratégico, y además que este último es el reflejo de los intereses de un grupo hegemónico, la opción estratégica se ve limitada por estos intereses y no por cultura estratégica.

Por tanto, es posible que las comunidades parezcan usar diferentes lenguajes de cultura estratégica como algunos críticos de línea dura solían señalar acerca de la URSS, pero que los lenguajes del cuerpo de las comunidades (por ejemplo, las doctrinas operacionales) son esencialmente similares. Esto se hace más patente en las comunidades con mayor poder político, militar, tecnológico y económico.

Sin embargo, la segunda generación no está exenta de problemas. La cuestión clave es la relación entre el discurso simbólico de la cultura estratégica y el comportamiento estratégico real. No está claro en la literatura si se debe esperar que el discurso estratégico influya en el comportamiento. Instrumentalmente implica que la toma de decisiones de las elites pueda sobreponerse a las limitaciones culturales estratégicas que se manejan.

Sin embargo, las recientes investigaciones sobre el liderazgo sugieren una relación dialéctica entre la cultura estratégica y el comportamiento estratégico; las élites, también, son socializadas en la cultura estratégica que producen, y por lo tanto pueden ser limitadas por los mitos simbólicos que sus predecesores han creado. Esto plantea la posibilidad que las elites no pueden escapar de los discursos simbólicos que manejan, y que es así que uno debería esperar diferencias internas en el comportamiento, en la medida en que el discurso estratégico varía entre comunidades.

De hecho, la literatura de segunda generación parece indecisa si se puede esperar diferencias internas en la estrategia operacional de una comunidad. Por una parte, uno podría argumentar que, en la medida en que el discurso simbólico deslegitima ciertas opciones estratégicas mediante la colocación de éstas fuera de los límites aceptables del debate, el abanico de posibilidades estratégicas de las comunidades varía a través de las diferentes culturas estratégicas que sustentan. Por lo tanto, existe la posibilidad de que el comportamiento estratégico pueda variar.

Por otro lado, las élites de todo el mundo deben compartir preferencias estratégicas, militaristas o de *realpolitik* desde diferentes discursos estratégicos propios de sus comunidades, en que todos tratan de acentuar las diferencias “nosotros-ellos”, y dar lugar a visiones similarmente rígidas de un mundo externo

amenazante. Estas imágenes tienden a relacionarse con las concepciones de suma cero de los conflictos y las creencias en la eficacia de la fuerza.

La literatura de segunda generación no puede resolver este problema, en parte porque la mayor parte de esa literatura no ha mirado e investigado bastantes casos comparativos, cuando en realidad, ciertos discursos y lenguajes simbólicos han reducido el debate.

3. La tercera generación: cultura organizacional como variable interviniente

La tercera generación, que surgió en la década de los 90 y dura hasta hoy, tiende a ser tanto más rigurosa y ecléctica en la conceptualización de la noción de variables independientes, y más centrada casi exclusivamente en decisiones estratégicas particulares como variables dependientes. Algunos usan la cultura militar, algunos la cultura político-militar, y otros la cultura organizacional como variable independiente, pero todos tienen el realismo como objetivo y se centran en los casos donde las nociones estructurales-materialistas de interés no pueden explicar una elección estratégica particular. Sus principales exponentes son Jeffrey Legro⁹, Elizabeth Kier¹⁰, Jeffrey Lantis¹¹, Kerry Longhurst¹² y el mismo Colin Gray¹³ de la primera generación.

Sus conceptos de cultura estratégica, en su mayor parte, excluyen explícitamente el comportamiento o la conducta como un elemento, por lo tanto evitan las trampas tautológicas de la primera generación. Sin embargo, aparte de esto, el concepto no varía dramáticamente del que se encuentran en las discusiones sobre cultura política, cultura organizacional o el trabajo de la primera generación sobre la cultura estratégica.

Las fuentes de estos valores culturales son, sin embargo, menos arraigadas en las profundidades de la historia, y más claramente son el producto de las más recientes prácticas y de las más recientes experiencias.

⁹ Jeffrey Legro, *Cooperation Under Fire: Anglo-German Restraint During World War II*, Ithaca, NY: Cornell University Press, 1995.

¹⁰ Elizabeth Kier, *Imagining War: French and British Military Doctrine Between the Wars*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1997.

¹¹ Jeffrey Lantis, *Strategic Culture and National Security Policy*, International Studies Association: Blackwell, 2002.

¹² Kerry Longhurst, "The Concept of Strategic Culture", en G. Kummel and -A.D. Prufert Eds., *Military Sociology: The Richness of a Discipline*, Germany: Baden-Baden, 2000.

¹³ Colin Gray, *Modern Strategy*, Oxford: Oxford University Press, 1999; *Out of the Wilderness: Prime Time for Strategic Culture*, Defense Threat Reduction Agency, Virginia: Fort Belvoir, USA, 2006.

La tercera generación presenta algunas ventajas sobre las dos anteriores. En primer lugar, evita el determinismo de la primera generación. En parte, como se ha señalado, esto se debe a que deja cuidadosamente el comportamiento o conducta estratégica, fuera de la variable independiente. Y en otra parte a que algunos estudiosos conceptualizan la cultura estratégica de una manera tal que permite que tenga variaciones.

Jeffrey Legro¹⁴, por ejemplo, permite la variación en ambas variables, culturales y no culturales, porque para él, la cultura estratégica tiene sus raíces en la experiencia reciente, y no en la profundidad de la práctica histórica que postula la primera generación. De la misma manera, Elizabeth Kier¹⁵ la considera como producto del contexto de cambios de la política interna, por lo tanto, varía como la política doméstica varié. También examina sus casos transversal y longitudinalmente, introduciendo la cultura político-militar y la variación de las culturas militares a través del tiempo y de las sociedades.

También se afirma que la cultura estratégica puede cambiar significativamente y someterse a las transformaciones duraderas. Según Lantis¹⁶ hay razones posibles para la modificación de la cultura estratégica. Primero los acontecimientos dramáticos, como las revoluciones, las guerras y las catástrofes económicas que pueden desacreditar las creencias y valores fundamentales de una comunidad. Segundo, la cultura estratégica parece ser altamente dependiente del poder exclusivo de las elites políticas y de la llamada “realidad negociada” que crean con los potenciales enemigos o desconocidos, haciéndolos pasar por amigos o conocidos. Y tercero, los cambios drásticos en la política exterior causados por “el dilema de seguridad”.¹⁷ Todo ello hace probable que estas situaciones conduzcan a algunas innovaciones en el plano de la estrategia y en el plano político militar.

En segundo lugar, esta generación se ha comprometido explícitamente a probar la teoría de la competencia, enfrentando a las explicaciones alternativas de unos contra otros. Legro pone a prueba un modelo realista contra la institucionalidad y contra la cultura organizacional que da explicaciones de moderación en la guerra. Kier, por su parte, enfrenta el realismo estructural, modelos de organización burocráticos y el concepto de cultura militar contra otro. Esto pone de relieve la debilidad metodológica de la primera generación.

Sin embargo, vale la pena examinar algunas preguntas de esta literatura emergente.

¹⁴ Legro, op. cit.

¹⁵ Kier, op. cit.

¹⁶ Lantis, op. cit.

¹⁷ Hasta dónde alistarse o armarse sin provocar el alistamiento o armamentismo de otros.

En primer lugar, la atención cuidadosa de las opciones estratégicas que no se explican bien por realismo, trae consigo algunos inconvenientes. Dado que, en el neorrealismo, las preferencias estatales en cuanto a los extremos pueden ir desde la mera supervivencia a la maximización del poder, la gama de estrategias óptimas puede variar enormemente dependiendo del espectro de preferencias que se examinan. Por lo tanto, sin el uso arbitrario de alguna versión determinante del realismo, es difícil establecer pruebas concluyentes que enfrenta un modelo neorrealista de elección estratégica contra modelos culturales.

Un segundo problema se refiere al uso de la cultura organizacional como una variable independiente principal en la elección estratégica. El trabajo de la tercera generación comparte la creencia de la primera generación en el sentido que las variables conceptuales o culturales, de hecho, tienen un observable efecto en el comportamiento. Al hacerlo, sin embargo, se descuida una afirmación clave en la literatura de la cultura organizacional de la segunda generación que postula que la cultura estratégica, puede no tener ningún efecto causal en la doctrina operacional.

Algunos de la literatura de la tercera generación evitan el problema de forma segura debido a que la variable dependiente es la conducta estratégica y no las declaraciones de política exterior o de doctrina estratégica.

Pero en algunos casos, la doctrina militar es la variable dependiente, y esto plantea la cuestión poco explorada que la doctrina declarada y la doctrina operativa son diferentes.

En tercer lugar, el concepto de cultura estratégica utilizado por la tercera generación es uno bastante estandarizado; la cultura presenta a los tomadores de decisiones con rango limitado de opciones o que actúa como un lente que altera la apariencia y la eficacia de diferentes opciones. Por lo tanto, esta definición requiere alguna otra variable que explique por qué determinadas opciones estratégicas son finalmente adoptadas. En otras palabras, si la cultura organizacional crea preferencias que en el proceso de formulación de políticas, delimitan las opciones a disposición de los tomadores de decisiones, ¿de dónde viene la preferencia que gobierna la elección entre estas opciones limitadas?

Por otra parte, si la cultura no es el reflejo de las creencias de un individuo, ni es un mero agregado de creencias capturadas en una distribución de las creencias de la comunidad, entonces ningún individuo será completamente socializado en esa cultura; ningún individuo estará dispuesto a compartir toda la oferta cultural del otro. Sin embargo, en tiempos de crisis de política exterior, un pequeño número de individuos identificables suelen ser los que toman las decisiones estratégicas. Si estos individuos no reflejan plenamente los valores de una cultura militar o cultura estratégica de una comunidad, entonces esto atenúa la relación

entre esos valores y el comportamiento, ya que la relación está mediada por personas que no son del todo representantes de esa cultura. Si este es el caso, el poder de la cultura estratégica como variable independiente disminuye.

Análisis y definición

La lógica de la cultura estratégica reside en la creencia central de que las ideas colectivas y valores sobre el uso de la fuerza son factores constitutivos importantes en el diseño y ejecución de políticas de seguridad de las comunidades. Los estudiosos sugieren que en el núcleo de cada Estado o comunidad de seguridad, se encuentra una serie de valores compartidos y creencias relacionadas con el uso de la fuerza, que es la cultura del colectivo.

Como Alan Macmillan sugiere “el proceso de toma de decisiones en materia de defensa no es una construcción abstracta basada puramente en el momento presente, sino que, más bien, impregnada de las creencias, prejuicios, tradiciones e identidad cultural de las características individuales de cada país que alimentan su cultura estratégica”.¹⁸

Esta cultura está moldeada por episodios de formación en tiempos de crisis y está muy influenciada por las experiencias del pasado. Además, los cambios en la cultura estratégica son naturalmente graduales y es más probable que ocurran en formas de ajustes de largo plazo tanto como que los valores fundamentales permanezcan intactos. Las creencias, sentimientos, miedos, objetivos y ambiciones son los aspectos no observables de cada cultura estratégica. Ellos son los valores fundamentales que constituyen los elementos fundacionales de la misma, dándole su calidad y características.

Estos elementos fundacionales se derivan directamente de las experiencias formativas y se han internalizado creando una naturaleza bastante consensual o centrípeta a la cultura estratégica. Es importante destacar que, aun si estas experiencias se vivieron o no en realidad por todas las personas en un colectivo dado, son puntos de referencia común de recuerdos y memoria. Estos elementos forman la cultura estratégica de cada comunidad.

Como resultado, las políticas y las prácticas son consecuencias directas de estos elementos fundacionales. También se argumenta que la cultura estratégica produce tendencias e influencias, pero no siempre determina la conducta estratégica, porque a veces otros factores externos actúan como obstáculos a las preferencias estatales.

¹⁸ Alan Macmillan, “Art. Strategic Culture and National Ways in Warfare, the British Case”, *The RUSI Journal*, vol. 140, London, United Kingdom, Iss 1995.

Diferentes estudiosos utilizan diferentes componentes con el fin de definir la cultura estratégica. Por ejemplo, Kerry Longhurst¹⁹ identifica tres componentes principales de la cultura estratégica.

En primer lugar las cualidades más profundas, que tienen sus orígenes en la fase de formación del desarrollo de una cultura estratégica dada. Estos son los llamados “elementos fundacionales”. Estos elementos fundacionales comprenden creencias básicas sobre el uso de la fuerza que le dan a una cultura estratégica sus características principales. Las creencias son semi-permanentes y pueden contribuir a la construcción de una identidad que conduzca a una especie de paradigma de la comunidad en asuntos estratégicos. Los elementos fundacionales son muy resistentes al cambio.

La ampliación de estos elementos fundacionales son las manifestaciones de la cultura estratégica, las políticas de largo plazo y las prácticas tradicionales que se relacionan entre sí de forma activa y se aplican al núcleo de la cultura estratégica en el ambiente externo. En esencia, proporcionan canales de significado y de aplicación. Estos aspectos de la cultura estratégica se denominan “prácticas regulatorias”, y son menos resistentes al cambio.

A medio camino entre los elementos fundacionales y las prácticas regulatorias están las “visiones de la política de seguridad”. Estas visiones son las interpretaciones contemporáneas, ampliamente aceptadas por la comunidad, en cuanto a cómo los valores más fundamentales deben promoverse a través de canales políticos, en el sentido de que establecen las preferencias para las opciones políticas actuales.

Por otra parte, Rodney Jones²⁰ nos da una explicación alternativa de elementos de la cultura estratégica, cuando argumenta que hay tres niveles de insumos en la cultura estratégica de un país: “un nivel macro –ambiental” que consiste en la geografía, las características etno -culturales y la historia, “un nivel social” que consiste en las estructuras sociales, económicas y políticas de una sociedad, y un “nivel micro” que consiste en las instituciones militares y las características de las relaciones entre civiles y militares.

También debemos tener en cuenta que se trata de la historia y las experiencias de cada Estado o comunidad las que permiten señalar que diferentes Estados tienen diferentes preferencias estratégicas predominantes que están arraigadas en las experiencias más tempranas o de formación de la comunidad y están influen-

¹⁹ Longhurst, op. cit.

²⁰ Rodney Jones, *India's strategic culture. Defense Threat Reduction Agency*, Virginia: Fort Belvoir, USA, 2006.

ciadas, en un cierto grado, por las características filosóficas, políticas, culturales y geográficas de esa comunidad y sus elites.

Una definición característica de esta cultura estratégica “nueva” está dada por Kerry Longhurst. Según Longhurst, la cultura estratégica puede ser mejor definida como

un cuerpo distintivo de creencias, actitudes y prácticas relacionadas con el uso de la fuerza, que están en manos de un colectivo y surge gradualmente en el tiempo, a través de un proceso histórico prolongado único. Una cultura estratégica es persistente en el tiempo, tiende a durar más que la era de su creación original, aunque no es una característica permanente o estática. Tiene la forma y es influenciada por los períodos formativos y se puede alterar, ya sea fundamentalmente o por partes, en momentos críticos de las experiencias de ese colectivo.

El análisis de la cultura estratégica puede ser visto también como un intento de averiguar el impacto de los valores y creencias profundamente arraigadas cuando se llega a la toma de decisiones en materia de seguridad en general. Como Longhurst sugiere: “La lógica de la cultura estratégica entonces, reside en la creencia central de que las ideas colectivas y valores sobre el uso de la fuerza son factores constitutivos importantes en el diseño y ejecución de políticas de seguridad de los Estados”.²¹

Además, otra definición útil proviene de Colin Gray, quien en sus últimas obras define la cultura estratégica como “las persistentes (aunque no eternas) ideas transmitidas socialmente, actitudes, tradiciones, hábitos de la mente y los métodos de funcionamiento preferidos de seguridad que son más o menos específicos a una comunidad, sobre todo de base geográfica común que ha tenido una experiencia histórica necesariamente única”. Gray también sugiere que:

la cultura estratégica es una que demuestra el ambiente emocional y conductual en el que la comunidad de defensa opera. Las ideas sobre la guerra y la estrategia están influenciadas por la geografía física y política que algunas culturas estratégicas claramente tienen, por ejemplo, una posición marítima o una inclinación continental, una ideología política o religiosa, y una familiaridad y preferencia por particulares tecnologías militares. La cultura estratégica es el mundo de la mente, el sentimiento y el hábito de la conducta.²²

Gray agrega que la cultura estratégica es “la cultura referida a los modos de pensamiento y acción con respecto a la fuerza, que se deriva de la percepción de la experiencia histórica nacional y de la aspiración de una conducta responsable en términos nacionales”. Lo que Gray llama “conducta responsable” ha sido muchas veces el punto de inspiración para muchos estudiosos.²³ Una de las

²¹ Longhurst, op. cit.

²² Gray, op. cit.

²³ Ibidem.

principales ideas detrás de la noción de cultura estratégica fue la de explicar las acciones e ideas que parecían estar en contradicción con lo que sería “racional o responsable” que una comunidad hiciera.

Como afirma Iain Johnston, la cultura estratégica es compatible, primero con las nociones de “racionalidad limitada”, donde la cultura estratégica simplifica la realidad; segundo con la “racionalidad del proceso”, donde la cultura estratégica define preferencias ya clasificadas o reduce las opciones y, tercero, con la “racionalidad adaptativa”, donde las opciones históricas, analogías, metáforas y los precedentes se invocan para guiar la elección”. Por lo tanto, en lo que a los analistas de la cultura estratégica se refiere no existe un modelo universal de la racionalidad, y lo que es racional para un Estado puede ser irracional para otro.

Carnes Lord tiene una opinión similar y crea su propia versión de la cultura estratégica no solo en términos de la práctica militar, sino en términos de las características sociales, políticas e ideológicas “centralmente constitutivas de un Estado”. Para Lord, la cultura estratégica “son las prácticas y los hábitos tradicionales de pensamiento por el cual la fuerza militar está organizada y es empleada por una sociedad al servicio de sus objetivos políticos”. Lord identifica seis factores que podrían crear una cultura estratégica: el escenario geopolítico, la historia militar, las relaciones internacionales, la cultura política y la ideología, la naturaleza de las relaciones entre civiles y militares y la tecnología militar.²⁴

Después de lo que hemos visto del desarrollo y evolución del concepto de cultura estratégica, además de sus problemas es necesario llegar a una definición que considere los elementos de lo que ya hemos analizado del concepto, es así que se puede concluir que la cultura estratégica es el conjunto de creencias compartidas y formas de conducta dinámicas de una comunidad estatal, no estatal o supraestatal, derivadas de tradiciones, experiencias comunes y narrativas aceptadas (orales y escritas), que dan forma a la identidad colectiva con respecto a las relaciones con otras comunidades y que determinan las formas, los medios y los fines apropiados en el uso de su potencial para lograr los objetivos políticos de la defensa y de la seguridad.

Se consideran áreas de evaluación específicas la historia, la geografía, las narrativas compartidas, las relaciones con otros grupos, la percepción de amenaza, la ideología, la religión, la economía, la tecnología, el tipo de gobierno, el estilo de liderazgo, las instituciones, su organización y la relación cívica - militar.

²⁴ Carnes Lord, “Art. American Strategy Culture”, *Comparative Strategy*, vol. 5 n°3, Virginia USA, National Institute for Public Policy, pp. 269-293, 1985.

Conclusiones

1. El concepto de cultura estratégica ha evolucionado en los últimos 50 años, desde la Guerra fría hasta nuestros días, tanto desde la visión académica como de la visión política de las comunidades, en aspectos de seguridad y defensa. Hoy ya no son solo países o Estados, sino que se consideran comunidades que pueden ser estatales, no estatales, supraestatales, e incluso ya se considera a comunidades terroristas como Al Qaeda o ISIS.
2. La primera generación de investigadores desarrolló los posibles insumos de la cultura estratégica, tuvo una posición determinista con respecto a la relación directa entre cultura estratégica y al comportamiento estratégico, como asimismo con respecto a la homogeneidad de la cultura estratégica en el tiempo y a la dificultad de hacer a la cultura estratégica observable. Todo esto en una dialéctica EE.UU. - URSS propia de la Guerra Fría.
3. La segunda generación de investigadores estableció que existe diferencia entre el discurso simbólico propio de la cultura estratégica y el comportamiento estratégico que asumen los líderes como opciones estratégicas reales, y esto es parte de la política real asumida por quienes dirigen las comunidades.
4. La tercera generación de investigadores excluye explícitamente el comportamiento estratégico como un elemento de la cultura estratégica, define que los valores culturales importantes son productos de situaciones más recientes que históricas, privilegiando el neorealismo y por lo tanto aceptan que la cultura estratégica como fenómeno dinámico, tenga variaciones en el tiempo, aunque no hay consenso en la comprensión de las causas de esos cambios, involucra en forma importante a la cultura organizacional y a las elites que toman las decisiones, diferenciando a los líderes políticos, a los actores claves y al efecto que pueden tener los militares por su inclinación al aislacionismo y a su naturaleza distinta.
5. La cultura estratégica conceptual y académicamente existente, tiene muchos insumos históricos y también actuales. Esta socializada en las comunidades con diferente intensidad entre las elites y la sociedad en general. Es un antecedente importante para el liderazgo político y militar. También tiene limitaciones producto de la realidad y del tipo de crisis que debe enfrentar.
6. A partir de una definición más o menos completa se puede intentar el desafío de buscar una metodología que se pueda aplicar lo más científica y empíricamente posible a una comunidad para estudiar su cultura estratégica. Hasta ahora, se ha escrito sobre la cultura estratégica de algunas comunidades, sin una metodología comparable y solo en forma experimental y muy básica.

Bibliografía

- Booth, Ken, *Strategy and Ethnocentrism*, New York: Holmes and Meier, 1979.
- Gray, Colin, *Modern Strategy*, Oxford: Oxford University Press, 1999; *Out of the Wilderness: Prime Time for Strategic Culture*, Defense Threat Reduction Agency, Fort Belvoir, Virginia, USA, 2006.
- Gray, Colin, *National Style in Strategy: The American Example. International Security*, MIT Press, vol. 6, n° 2, Fall 1981.
- Hollander, Edwin, "Power and Leadership", *Handbook of Social Psychology*, vol. 2, New York: Addison-Wesley, 1985.
- Johnston, Alastair Iain, "Thinking About Strategic Culture", *Project MUSE, International Security*. MIT Press. Spring 1995, Vol. 19.
- Jones, David R., "Soviet Strategic Culture", en C.G. Jacobsen Ed. *Strategic Power USA/USSR*, New York: St.Martin Press, 1990.
- Kier, Elizabeth, *Imagining War: French and British Military Doctrine Between the Wars*, Princeton.NJ;. Princeton University Press, 1997.
- Klein, Bradley, "Hegemony and Strategic Culture: American Power Projection and Alliance Defence Politics", *Review of International Studies*, 14, 1988.
- Lantis, Jeffrey, *Strategic Culture and National Security Policy*, International Studies Asociation: Blackwell, 2002.
- Legro, Jeffrey, *Cooperation Under Fire: Anglo-German Restraint During World War II*, Ithaca.NY: Cornell University Press, 1995.
- Longhurst, Kerry, "The Concept of Strategic Culture", en G. Kummel and -A.D. Prufert Eds., *Military Sociology: The Richness of a Discipline*, Germany: Baden-Baden, 2000.
- Lord, Carnes, "Art. American Strategy Culture", *Comparative Strategy*, vol. 5 n°3, Virginia USA, National Institute for Public Policy, pp 269-293, 1985.
- Luckmann, Robin, "Armament Culture", *Alternatives*, vol. 10, no. 1 (Summer 1984).
- McMillan Alan, "Strategic Culture and National Ways in Warfare, the British Case", *The RUSI Journal*, vol. 140, London, United Kingdom, Iss 1995.
- Snyder, Jack, *The Soviet Strategic Culture Implications for Limited Nuclear Operation*, Santa Monica, California: RAND Corporation, 1977.